

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

EUGENIO MIMICA BARASSI

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1982

¿Quién soy?

EUGENIO MIMICA BARASSI

Hace ya, algún tiempo escribí unas líneas que dicen: “Es mejor mantener los secretos, esas cosas profundas, insinuantes, misteriosas, más abajo del cimiento que sostiene a los océanos, más alto que la sombra cósmica de una proyección”.

Sin embargo, accediendo a la gentil y honrosa invitación que me formulara la Agrupación Amigos del Libro, me atrevo ahora a revelar esos secretos, a contar mi íntima narración, mis causas ocultas, mis manías, mi risa, mi quebranto, mis ataduras y mis intentos.

* * *

Nací en Punta Arenas, a principios de un mes de noviembre, en el entonces Hospital de

Asistencia Social, ubicado al comienzo de la calle Bories, todavía principal arteria comercial de la ciudad. Más tarde, esa construcción fue demolida y tras algunos años se levantó en dicho sitio un moderno, alto y desabrido edificio de departamentos.

Llegué al mundo, precisamente, a las dieciocho horas y diez minutos de un día viernes, lo que hace preguntarme con insistencia si será esta la causa por la cual siento especial inclinación hacia los atardeceres y los fines de semana.

Ocho días después fui bautizado en la misma capilla del hospital y antes de cumplir una quincena de vida realicé el primer vuelo en avión, cruzando el Estrecho de Magallanes, con dirección al hogar paterno en Porvenir. Mamá, con ese cariño y cuidado religioso de toda madre, guardó mi boleto del pasaje y yo lo conservo aún entre mis pequeños y grandes tesoros. Forma parte de esas ataduras que cité anteriormente.

El haber nacido en el confín del mundo hace que mi historia se ramifique, se confunda y amalgame con esa otra, particular del suelo magallánico. No sería el que soy sin los que fueron. Por eso, nunca olvido que mi ser es la prolonga-

ción de esas otras vidas, de una sangre precursora y milenaria, recogida en racimos desde la costa y las islas del Adriático eslavo y bebida al seco de la bota italiana. Recogida en los pueblos dálmatas de Mimice, de Sutivan. Bebida en los latinos de Sulmona, de Pianodiorto y más atrás del nexo familiar, en Calabria o en un recóndito paraje de la tierra mediterránea oriental.

Mis antecesores, por lo tanto, pertenecen a la oleada de inmigrantes europeos, que pusieron sus manos y sus mentes al servicio del austro. Formaron parte de la gesta sublime, que cruzó el Atlántico en atestados vapores, con sus proas directas a la costa de la proyección americana, mientras los inquietos pensamientos volaban en un ala del viento, para arribar primeros al frío y lejano sur patagónico.

En uno de esos vapores se embarcó parte de mi sangre, fabricando un velo imposible de olvidos y descorriendo cortinas de férrea esperanza. Avanzaba el año 1910 y la familia Barassi Fanini pasó por el Estrecho de Magallanes, estableciéndose en Tocopilla. Sin embargo, algunas referencias familiares, una plaga de fiebre amarilla y la visión mágica de aquella ciudad austral, sumida

en la nieve, que vieron asombrados desde la cubierta del barco al pasar por el gran canal patagónico, hicieron que cinco años más tarde se trasladaran y radicaran definitivamente en Punta Arenas.

Pero ya antes, en 1901, había dejado el viejo continente la otra parte de la savia, la de mi abuelo eslavo, que se vació en mi padre y en mí, y poco después, lo haría la abuela Catalina, nativa de la isla de Brac.

Y la historia continúa haciéndose, moldeándose, entre sudor, viento y fe. Se transforma en fragor cotidiano, cuando mis antecesoras, pala y picota en mano, derrumbaron paredones de tierra virgen, en afanosa búsqueda del dorado metal, guardado por siglos y siglos en el cordón fueguino de Boquerón. O cuando en una chacra, vecina al pueblo de Porvenir, vaciaron el producto de gordas ubres matinales, en tachos con olor a avena y alfalfa. Y regresa junto a los otros, que frente a una tela, manipulando tijera y aguja, despertaron cientos de veces al vecindario puntarenense, con una tarantela trasnochada de nostalgias y ensueños.

Así fue el comienzo de esas voluntades, en el nuevo suelo magallánico, y continúa, como si fue-

se ayer, bullendo dentro de mis venas y mis pensamientos. Tengo tanto de Mimica como de Barassi. Cincuenta y cincuenta. No poseo motivos, que yo sepa hasta ahora, como para ocultar ninguno de mis dos apellidos. De allí que los use ambos, por igual. Esto, además, equivale a una mezcla perfecta cuando tengo equilibrada la balanza de mi temperamento. Pero no ofrece seguridad alguna cuando se carga hacia uno u otro lado. Desafortunadamente casi siempre la tengo contrapesada.

* * *

Mi infancia transcurrió entera en la isla de Tierra del Fuego, entre Porvenir, callado testigo de la fiebre aurífera de otrora y una estancia que administraba mi padre, enclavada en la pampa amarilla de Springhill, hacia el sector norte de dicha isla. Allí, aprendí a caminar no sólo una, sino dos veces. La primera como todo niño normal. La segunda, poco tiempo después de haber comenzado a dar mis primeros pasos, a causa de un principio de "tabacazo". Todo fue por un cocinero de la estancia, que fumaba sin cesar y sin sacarse la

colilla de sus labios, hasta que se apagara por sí misma. Entonces la tiraba al suelo. Así, una tras otra. Al parecer, un día se me ocurrió probarlas, creyendo tal vez que eran caramelos o chocolates. Y debieron gustarme, pues me comí casi media docena de puchos, sin que nadie se percatara. Al día siguiente amanecí con una temperatura que llegaba a los cuarenta y un grados. Mi padre tuvo entonces que ir a buscar a un médico al vecino poblado de Cerro Sombrero, quien dio con el motivo de mi repentina como curiosa enfermedad al revisar el contenido de mis pañales. Estaban llenos de tabaco. Cuentan que quedé tan débil que debieron enseñarme a caminar de nuevo, paso por paso. Y ya nunca más fui el niño robusto que había pesado cuatro kilos y medio al nacer.

Durante esa primera etapa de mi infancia solamente volvería a Punta Arenas al cumplir los cuatro años de edad, para un viaje que, junto a mis padres, realicé desde la "Perla del Estrecho" hasta Puerto Montt. De allí, nos trasladamos en tren a Valdivia, luego a Santiago y después a Valparaíso, puerto donde tomamos otro vapor que nos llevó de regreso a Punta Arenas.

Nada recuerdo de aquel viaje. Sólo retengo

algunos pasajes, muy breves y nebulosos, reforzados por los recuerdos de familia. Así, he logrado saber que mientras las olas barrían la cubierta de la nave, al cruzar el cabo Tamar, yo, mocosito rebelde y antojado, pedía a gritos que me trajeran un plato con pescado frito y un buen postre de mote con huesillos. De sólo conocer mis deseos, a mamá se le volvía a descomponer el estómago y se tapaba los oídos para no escucharme. Por fortuna, al atravesar el Golfo de Penas, este se encontraba en calma, como únicamente sucede en contadas ocasiones y, curiosamente, mis antojos también.

No tuve hermanos ni hermanas. Ello significa que debieron transcurrir muchos años hasta que conociera y aprendiera a aplicar la palabra compartir. Compartir los afectos, los momentos de alegría, los juegos. Siempre, en materia de diversiones, debí valerme por mi propia cuenta. No resulta extraño entonces que incluyera en mis correrías infantiles todo aquello que veía hacer a los más grandes. Recuerdo que poseía un cajoncito de madera, donde “prensaba” mis propios fardos de lana, que después cargaba en un camión pintado de vivos colores. Ese mismo camión me servía

también para llenarlo con piedras, alambres retorcidos, y algunas tablas entrecruzadas y mal claveteadas, que para mí eran la perfecta estructura de una torre de perforación petrolera. Premunido de todos estos elementos y tirando al camioncito por medio de un cordel, me dirigía a la “quinta”, protegida del viento por la típica empalizada magallánica, hecha de mata negra (*Verberna Tridens*). Allí efectuaba mis “exploraciones y perforaciones”, entre las plantas de repollo, lechuga, rabanitos, perejil y ruibarbo. Claro está que con esto la “quinta” quedaba tapizada de pequeños hoyos (entiéndase pozos petroleros), amenazando seriamente el crecimiento de las hortalizas.

El inventar juegos fue mi predilección y estos eran siempre muy metódicos, lo que me ayudó a que me convirtiera en un fanático por las cosas perfectas. Con el correr de los años he tenido que doblegarme y entender, no sin experimentar una serie de sinsabores, que la perfección absoluta es una utopía.

Ya por entonces, y antes aún, no me quedaba dormido si mi padre no me relataba un cuento. Tal especie de manía duraría por años, noche tras noche. Pero sólo alcanzaba a escuchar los finales

en contadas ocasiones. Por lo general, tornaba yo los ojos al sueño varios minutos antes del término de las narraciones. El repertorio de papá era además tan abundante como variado. Jamás le faltó tema, pues poseía una facilidad increíble para inventar historias fantásticas, que yo escuchaba entre embobado y sorprendido. Nunca logré saber cuáles fueron suyas y cuales no. Si hasta “El gato con botas”, “La Cenicienta”, “Pinocho”, “Hansel y Gretel” o “Peter Pan” cobraban forma propia y diferente en labios de mi padre. Igual cosa sucedía con los relatos de “Las Mil y una Noche”, enriquecidos con palabras, giros y acepciones de la tierra dálmata.

“Crecimos bebiendo la nostalgia europea de nuestros padres —dice Sábato (1)— oyendo de la tierra lejana, de sus mitos y cuentos, viendo casi sus montañas y mares”. Por eso, aunque no conozca todavía la tierra cubierta de piedras y el mar celeste del Adriático, sé de esos parajes y los retengo en la mente como si los hubiera visto recién ayer. Y ello, gracias a los cuentos que me contaba mi padre. Lo pude comprobar mucho más tarde,

(1) “El Escritor y sus Fantasma”. Ed. Emecé, 1976.

viendo algunas postales y folletos turísticos del pueblo de Mimice, de donde proviene mi apellido paterno. Casas de piedra, entre las piedras de un faldeo. Árboles, playas, botes, veleros, un pequeño muelle. El blanco predomina por sobre los demás colores. ¡Cuántas veces habrá soñado mi abuelo con volver a dicho muelle!

* * *

Mis primeras experiencias escolares datan también de aquella época infantil en Tierra del Fuego. Contaba con cinco años y fui matriculado, asistiendo por un par de meses, al kindergarten de una escuelita que comenzaba a funcionar en el Campamento Manantiales, de la Empresa Nacional del Petróleo. Distaba unos veinte kilómetros de nuestra estancia, por lo tanto me tenían que llevar hasta ella en camión. Después este hecho se convertiría en un verdadero privilegio. Esos días fueron los únicos en que no tuve que caminar para asistir al colegio, durante toda mi etapa estudiantil en Punta Arenas.

En dicha escuela rural, como lo expresara en las Palabras Iniciales de mi libro "Comarca Fue-

guina", intenté las primeras letras del silabario, mientras a través de la ventana una antorcha me distraía con sus rojas volutas que el viento apuraba en disipar.

Esa escuelita ya no existe. Desde hace un buen par de años el Campamento Manantiales cesó sus funciones como planta procesadora de gasolina y su población petrolera emigró hacia otras instalaciones de Tierra del Fuego o del continente.

Por el tiempo de estos recuerdos, la mayor entretención y comunicación de la gente de campo con el resto del mundo y de los hombres era el radiorreceptor. El nuestro, un armatoste de madera barnizada que pregonaba sus chirridos desde una mesita de altas patas, apostada en un rincón de la amplia cocina. Debajo de esta mesa, dentro de un cajón pintado del mismo color que los muebles de la habitación, se agotaba mientras tanto el acumulador, que servía a la radio como fuente de energía. Afuera, en una caseta anexa a la casa, teníamos una segunda batería, cargándose por medio del molino de viento, conjunto de largas aspas y dínamo, dispuesto sobre dicha caseta.

El sistema, en sí, funcionaba a las mil maravillas, siempre que hubiese viento. Pero bastaba

un par de días de calma para que ambos acumuladores amenazaran con quedarse sin carga, y nosotros, sin radio. En esas ocasiones, su uso debía circunscribirse únicamente al horario de las noticias y al de los mensajes, servicio a la comunidad rural que aún se mantiene y que ha pasado a ser ya toda una tradición en Magallanes.

No recuerdo otros días en que hayamos aguardado con tal ansiedad a que el viento despertara de sus eventuales descansos y se acercase rugiendo renovado, por entre los cañadones y vegas, dando vertiginoso movimiento a esas providenciales aspas. Mientras ello no sucediera, la música estaba vedada. Aunque en verdad, yo no alcanzaba a extrañarla. Por música tenía a los balidos melancólicos de las ovejas y corderos, como también al trino mañanero de jilgueros y gorriones, posados sobre las canaletas de las casas o en las endebles ramas de robles y pinos que mi madre, con manos futuras, había circundado nuestro hogar campesino.

Aún poseo algunos vestigios involuntarios de aquellos años. Tan es así que suelo “apagar” el interruptor de una radio que ha estado funcionando más allá de un tiempo que estime prudencial.

Claro está, me olvido de que hace muchos años las baterías le cedieron su puesto a las pilas y al transistor, rey de las miniaturas.

Algo similar me sucede con el agua. En el campo obteníamos el vital líquido de un pozo que apenas daba para las necesidades básicas de consumo. Había que ahorrarla y cuidarla. Esta era una recomendación diaria que se quedó grabada en mí y que pienso no se borrará fácilmente, como tantas otras cosas. Acostumbro pues a cerrar muy bien las llaves de los lavamanos, lavaplatos y demás artefactos hogareños. Soy aquel que no puede conciliar el sueño si existe una gotera dentro de la casa, pero no por el ruido molesto, sensación de suplicio que ella produce, sino por el desperdicio de agua que representa.

* * *

La primera propiedad adquirida por mi padre en Punta Arenas estaba ubicada frente a la plaza "Lautaro", antiguo cementerio de la ciudad. Allí se reunía la muchachada del barrio para jugar disputados partidos de fútbol y no menos enconadas carreras de bicicletas. Y cuando la penum-

bra hacía difuso al improvisado velódromo y recortábanse apenas las estructuras de los arcos, la plaza cambiaba de concurrentes, dando pase al romance. Se silenciaba el jolgorio juvenil y aparecían las lentas figuras de los enamorados, buscando la soledad de los bancos de madera donde soñar y hacer planes tras un mañana que de seguro, para muchos, no alcanzó a llegar.

La casa que poseíamos en Porvenir fue vendida y yo, matriculado en "The British School". Sólo volvería a Tierra del Fuego durante los meses, plenos en luminosidad y viento, de las vacaciones de verano.

Comenzaba así otra etapa de mi vida y con ella se agrandaba la figura de mi abuela materna, la nona, como siempre le llamé.

Se fue a vivir con nosotros, en el segundo piso de nuestra casa, junto a una tía que, de tanto preocuparse por sus sobrinos, se olvidó que existía la palabra matrimonio.

La nona Almerinda pasó así a constituirse en mi segunda madre, en forma especial cuando la mía acompañaba a papá en sus continuos viajes a la estancia. Recordarla y no mencionar su mágico arte para la cocina sería una omisión irrepa-

nable. Si me parece verla con su largo delantal frente a sus ollas, sobre la vieja estufa a carbón y leña. Esas ollas, cacerolas y fuentes que desprendían un vaho incitante, haciéndome aguardar con inusitado interés el llamado para sentarse a la mesa. Su fuerte, por supuesto, radicaba en los platos italianos. Pero sabía poner ese su particular gusto y toque culinario tanto al bacalao a la yugoslava, como a las criollas empanadas o al charquicán. Y por las tardes, a la hora del té, sus inimitables galletas caseras y sus bizcochos, dorados y crujientes, que guardaba en grandes latas dentro de la despensa, eran el complemento ideal para su cariño y constantes desvelos con el nieto regalón.

Cuando enfermó no supe retribuirle los mismos cuidados y desvelos. Siempre he actuado en forma muy fría y trato de mantenerme alejado de todo lo que diga relación con las enfermedades. Desconozco la causa de este proceder. Le dejo pues el trabajo a los sicólogos.

Un día, la nona debió ser trasladada a Santiago, para someterse a un tratamiento médico más intensivo. Aquella vez tuve la clara impresión que nunca más la volvería a ver. No recuerdo cómo me despedí de ella. Supongo, y creo no equi-

vocarme, que esbozando una sonrisa, vaga y estúpida, para ocultar mis emociones y mi íntimo presentimiento. Pero sí tengo muy presente la manera de cómo ella me dijo adiós. Mujer de incansable actividad, estuvo junto a sus tejidos y costuras hasta muy poco antes de caer postrada en cama. Una noche, que jamás olvidaré, la sentí en sueños, accionando como de costumbre su noble máquina de coser. De pronto esta se silenció y escuché unos pasos bajando los escalones que daban al primer piso de la casa. Luego, esos pasos avanzaron por el largo corredor hasta la puerta de calle, la que sentí abrirse y cerrarse, lenta, suavemente. Me desperté sobresaltado, invadido por una extraña sensación. A los pocos minutos sonó la campanilla del teléfono. Era una llamada de larga distancia. La voz quebrada de un tío, de quien heredé mi nombre de pila, nos comunicaba que la nona había fallecido.

No tengo ni la más mínima afición por los camposantos, pero cada vez que viajo a Santiago dejo parte de una mañana o una tarde exclusivamente para ir hasta el Cementerio Católico. Allí, frente al nicho que guarda los restos de la nona Almerinda, permanezco por largos minutos en

silencio, reflexionando, como transportado hacia otras esferas, haciendo un recuento de mis últimos aciertos y de mi larga lista de errores, sumido en una tranquilidad anímica muy poco frecuente en mí.

* * *

Egresé del “British School” para comenzar otra etapa estudiantil en el Liceo Salesiano “San José”, cuna de toda una generación de escritores magallánicos.

No resultó sencillo el cambio. Nueve años junto a la flema británica resultan por demás contagiosos. El “British”, pequeño colegio donde los alumnos de los cursos superiores apenas llegaban a la decena, daba la sensación de una familia menuda, muy unida y singular. En verdad, era un mundo aparte. Desde el primer día aprendí que, al sonar la campana, los alumnos debían entrar a sus respectivas salas de clases e inmediatamente sacarse los zapatos de calle para calzarse sus correspondientes zapatillas de gimnasia. Sólo entonces ingresábamos al pequeño salón del colegio para el “Assembly”, donde elevábamos nuestras plegarias

en inglés, guiados por el "Headmaster". Desde ese momento y hasta la salida de clases se hacía todo en zapatillas. De esta manera comencé a contar y a leer palabras en inglés, cuando apenas dominaba los números y deletreaba cortas frases en castellano.

Tal especie de veneración por el calzado de lona blanca tenía su momento cumbre en el "Sport Day", conjunto de competencias deportivas y de recreación que congregaba anualmente a todo el colegio en un recinto al aire libre. En estas ocasiones ni los padres y apoderados se salvaban, ya que también ellos tenían cabida en dichas competencias. Recuerdo que en una oportunidad mi padre se inscribió para participar en la carrera de los cien metros planos. Pero no tenía zapatillas. A falta de estas, debió correr descalzo. La mala suerte quizo que a metros de la meta se zafara un tobillo. Así y todo llegó en segundo lugar, mas la larga semana que tuvo que soportar, soplando las compresas de agua caliente con sal que mamá le ponía en el pie le quitó todo el entusiasmo por participar en futuros "Sport Days".

Sí, lenta fue la habituación en el Liceo "San José". En verdad, debo reconocer con hidalgía que

ni en uno ni en otro colegio destacué por mi constancia e interés por los estudios. Fui, generalmente, un alumno del medio para abajo. Me atraían otro tipo de cosas y no me arrepiento de ello. Entre las inquietudes estudiantiles estaba en primer lugar la lectura, y no de textos escolares precisamente. Lector voraz y desordenado de cuanto papel impreso cayera en mis manos, recuerdo que, durante mis vacaciones de verano en el campo, aguardaba con gran interés a que la nona me enviase desde Punta Arenas, previo aviso por medio de un mensaje radial, una caja o un paquete con frutas frescas. Estas, además de matizar mi paladar, sometido al almibarado de los duraznos en conserva o al de los eternos huesillos, venían envueltas en papeles de diarios y revistas, que yo desplegaba con sumo cuidado. Nunca he vuelto a sentir mayor placer en la lectura que teniendo entre mis manos esos arrugados papeles impresos, no con olor a tinta de imprenta, sino perfumados por el aroma de naranjas, uvas, peras, plátanos o sonrosadas manzanas.

Pero llegó un momento en que ya no me conformaba solamente con leer. Necesitaba “hacer” lectura. Se me ocurrió entonces confeccionar un

pequeño diario mural dentro de la casa. Una publicación interna, con todo lo necesario para un diario que se preste de tal. Recortaba chistes de algunas revistas y escribía a máquina los editoriales, con los más diversos temas. También transcribía pensamientos y frases que me parecieran ejemplares, tomadas de distintos libros, todo lo cual mataba con varias copuchas hogareñas y familiares. Escribía las secciones de mi diario en papeles de diferentes colores y tamaños, tratando de variar la diagramación en cada oportunidad. Para procurarme de dicho material, planchaba y recortaba arrugados envoltorios de paquetes e incluso usaba el dorso de las boletas de compraventa. Todo esto lo pegaba con alfileres sobre un trozo de cartulina que colgaba de un clavo en una de las paredes de la cocina. Como se puede suponer, los lectores de mi diario eran bastante escasos.

Ya en el “San José”, mi afición por los diarios murales cobró mayores bríos, quizás ante la seguridad de tener una mayor cuota de seguidores. Eso sí, mantuve la misma diagramación y característica que aquella pequeña, casi íntima publicación casera. Mientras tanto, los ramos de matemáticas, física y química, entre otros, estaban rele-

gados a un segundo plano. Mucho más interesante resultaba el mundillo del curso y los profesores. Y ello, claro está, había que destacarlo sobre la plancha de plumavit, colgada al lado del largo pizarrón, lleno de fórmulas y ecuaciones que para nada me interesaban.

Esta inquietud juvenil pudo muy bien convertirse más tarde en profesión. Pero la poca fortuna en la Prueba de Aptitud Académica y mi regular promedio de notas no me dieron la más mínima posibilidad de ingresar a la carrera de periodismo.

Fue también en el "San José" donde se despertó en mí el interés por la música. Por aquella época se vivía intensamente la novedad del neofolklore chileno. Este movimiento llegó a Magallanes y comenzaron a surgir conjuntos de canto en los diversos colegios y liceos de la ciudad. Ello trajo a la par una proliferación de veladas y festivales internos de música popular folklórica. Nos reunimos cinco compañeros de curso y formamos también nuestro grupo, con un nombre muy poco original y bastante religioso: "Peregrinos". Pero allí no terminaría todo y un día surgió la idea de "matizar" una de las misas dominicales en la

Iglesia Catedral de Punta Arenas. Se creó entonces un simpático coro de voces mixtas, donde el elemento femenino lo aportaba el Liceo "María Auxiliadora". Así, con la venia de Monseñor Obispo Vladimiro Boric y las composiciones del Padre Belarmino Sánchez, la Catedral se llenaba, domingo a domingo, con acordes y arpeggios, complementados por la percusión de un bombo de tensado cuero. En un comienzo, fuimos mirados, más que escuchados, con reticencia. Salirse de ciertos moldes tradicionales no resulta fácil y si ello sucede en una provincia, donde todos conocen a todos, peor aún. Pero, poco a poco, logramos derretir ese hielo, ganándonos el aprecio de los feligreses.

Puedo asegurar que nunca las calles de Punta Arenas se vieron tan invadidas por bombos y guitarras como en aquel tiempo. Fue una especie de fenómeno colectivo. A la salida de los ensayos, que realizábamos ya en los mismos colegios, ya en casas particulares, continuábamos cantando en plena calle, hasta en el tradicional paseo de calle Borics, y nadie se asombraba por ello.

Luego, vendría el Festival Folklórico en la Patagonia y una nueva generación de voces, que

lograron incluso grabar discos de larga duración. No me equivoco si digo que la música y el canto tienen permanente actualidad en la tierra austral. Creo conocer la razón. Una guitarra es la mejor compañía para la soledad del joven magallánico.

Saliendo del liceo los integrantes de mi grupo vocal se dispersaron cada cual por los senderos que les deparó la vida. Hace algunos años me encontré, casualmente, con uno de ellos. Fue mientras subía los escalones de una entidad bancaria en Punta Arenas. El con una sonrisa en los labios. Yo con los bolsillos vacíos.

—Soy padre de una niñita de un año y medio —recuerdo que me confidenció— pero se va a quedar sola.

Lo miré extrañado, sin entender.

—Sucedé que estoy enfermo, tengo cáncer —continuó diciéndome, con una tranquilidad y naturalidad en la voz que me hizo temblar.

Las palabras se me secaron en la garganta. Dos meses más tarde fallecía. Quiero creer que solamente se apresuró en su andar por la vida, llegando adelantado a la meta. Así he visto partir ya a muchos rostros queridos y amigos.

Mis comienzos literarios se confunden con los primeros años de mi adolescencia. No podría establecer fechas. Desde esos días en que confeccionaba darios murales caseros hasta hoy, existe todo un proceso de lenta evolución. Dentro de ella, no puedo olvidar mis “azucarados” versos de amor, sin estar enamorado obviamente, como tampoco mi afán por imitar a un Bécquer, un Espronceda o un Lope de Vega, pensando que si ellos habían escrito poemas, también yo podía hacerlo. Logré incluso componer algunas canciones que interpretábamos con nuestro conjunto vocal. Por fortuna, la autocensura dio rápida cuenta de todo aquello. Puedo asegurar entonces que comencé escribiendo por un impulso innato, con un alto grado imitativo. Esto, más tarde, se fue trastocando en una necesidad por establecer un enlace con las demás personas. Enlace que, ante la dificultad de ser hablado (he sido siempre un regular orador), debí encausarlo hacia la palabra escrita.

Escribir es ahora para mí una manera de respirar aire puro cuando me siento sofocado. Pero

mis ahogos son un mal constante y crónico, y para eso creo que no hay remedio alguno.

Estando en Valparaíso, en el año 1970, recordé un suceso que me había relatado mi padre. Pienso que tal recuerdo llegó a mí ante la melancolía de encontrarme lejos de mi tierra natal. Así nació "El Frasco Dorado", primer cuento que me atrevo a considerar "en serio", y donde describo la tragedia de un par de buscadores de oro, que con la fortuna en las manos, enfrentan el destino incierto, sometidos al capricho de los elementos.

Al año siguiente, de regreso en Punta Arenas, lo presenté a un concurso literario y obtuvo un honroso segundo lugar, siendo publicado en el diario "La Prensa Austral". Más tarde, lo incluí en mi primer libro de cuentos, pasando junto a toda la obra a ser lectura recomendada por las autoridades educacionales para los estudiantes de Magallanes. Ya con ese pergamino no podía quedar fuera de la "Antología Magallánica", obra en dos tomos que con el auspicio de la Ilustre Municipalidad de Punta Arenas, preparara y seleccionara la Sociedad de Escritores de Chile, filial Magallanes.

Cuando pienso en "El Frasco Dorado", me

imagino a un niño de cara sucia que de pronto se convierte en un príncipe y se va a vivir a su castillo, en lo alto de una colina. En tanto yo, su padre, lo observo entre orgulloso y avergonzado desde una oscura e incómoda vivienda, en uno de los faldeos, donde apenas llega el sol.

Dije que ese relato fue el primero. Más tarde vinieron otros que también tuvieron como base una serie de vivencias campesinas; tragedias e ironías del hombre fueguino en la simpleza y soledad de su vida. Parte de lo visto y oído por mí durante años en la isla de los fuegos y de los oros. De los fuegos, por las fogatas onas, reemplazadas luego por las antorchas del gas residual. También de los oros, por el dorado metal en los “cajones” de los ríos y en los filones de los cerros; por las albas ovejas retozando en las vegas y por el negro petróleo, subiendo desde las entrañas milenarias de la tierra.

Todo eso dio forma a “Comarca Fueguina”, libro que autoedité instado por las palabras de aliento del poeta José Grimaldi y del escritor y amigo Osvaldo Wegmann Hansen. No fueron los únicos que me apoyaron en ese entonces. Por allí, apareció la figura y amabilidad del novelista co-

terráneo Nicolás Mihovilovic, también la gentileza de Carlos Toledo de la Maza y de Nelly Brown, propietaria de los talleres gráficos que acogió la publicación del libro y cuyo entusiasmo por la obra sobrepasó al mío.

Quizás el mejor mérito de ese retablo de cuentos fue el haber roto un silencio de casi cuarenta años en la literatura magallánica, en que no aparecía un libro de un joven escritor. Casi ocho lustros habían transcurrido desde la publicación de "Kupén", la obra de juventud de Enrique Campos Menéndez.

Por lo tanto, fui y sigo siendo un eslabón. Un solitario de las letras, al que le falta edad como para estar en la generación de los viejos exponentes de la literatura austral y al que le sobran años y mañas como para pertenecer a la de los más jóvenes.

Pero me gusta ser ese eslabón. Me ofrece la libertad para estar tanto en el ayer como en el mañana.

Guardo una carta que en uno de sus párrafos dice: "Confieso que la Tierra del Fuego tiene por fin su gran obra artística auténtica, brotada de ella misma, con el soplo resurrecto de sus coironales

eternos. Como buen o mal chilote, tan discriminado a veces como mis primos hermanos, los onas, sólo pasé al galope por el Onaisín (2) de entonces. Pero usted, con su real semilla didáctica, sostiene el futuro esplendor que hace que nuestros galopes no terminen en nosotros mismos”.

Estas palabras, que me escribiera Francisco Coloane, el más grande chilote en las letras nacionales y padre de la prosa magallánica, se han transformado, junto a otros testimonios, en un vivo documento para mis emociones y compromisos. Porque un escritor, y no lo digo yo solamente, se debe a su verdad: urgencia, historia, lucidez; ese imperativo anónimo, lleno de magia y desesperaciones. Pero por sobre todo, se debe a su lucha por esclarecer el mandato auténtico del vivir, aún a costa de cualquier sacrificio.

A menudo repaso la lección que me diese una abuelita, una anciana analfabeta, hija también del archipiélago chilote. Ella no me conocía, pero cuando supo que se publicaba “Comarca Fueguina”, surgiendo así un nuevo escritor, juntó sus manos en oración, dando gracias por eso que en-

(2) Tierra de los onas, según los indígenas yámana o yaganes.

tendía como un “regalo del cielo”. Al enterarme de ello, me sentí motivado por conocerla, y así lo hice, llegando una tarde hasta su humilde hogar en la Población 18 de Septiembre, en Punta Arenas. Esa población que se convirtió en ciudad, dentro de la ciudad. Cuando la tuve frente a mí, sólo le pude estrechar su mano temblorosa y apenas alcancé a balbucearle un “gracias” ahogado, entregándole un ejemplar de mi libro, para que alguno de sus nietos se lo leyera durante los largos crepúsculos australes.

De verdad, con esa viejecita que nunca tuvo un silabario entre sus toscas manos, tomé conciencia, clara y definida, del profundo sentido que representa el arte de escribir. De escribir para todos, como expresa muy bien Vicente Aleixandre, aún para los que no me leen o no puedan leerme.

* * *

Algunos meses más tarde, un grupo de personas me convenció para que convirtiera en comedia uno de mis cuentos, pues tenían interés por llevar a las tablas una obra de corte magallánico. En realidad, hacía bastante tiempo que la idea me

rondaba por la mente, desde el momento mismo que escribiera el cuento "Una Dama para Juan". Por lo tanto, no me resultó difícil recrear el tema central del relato con nuevos personajes y situaciones, y comencé a llenar cuartillas. Escribía en todo instante y en cualquier lugar. Por lo general no necesito de horarios especiales para hacerlo. Puedo realizarlo indistintamente, mientras almuerzo, converso en casa, escucho radio, viajo en avión o cruzo el Estrecho de Magallanes, zaran-deándome en esas tan poco confortables barcasas, que ahora llaman "ferry", mientras trato de descifrar el murmullo de las olas y la causa de sus lamentos.

Al mes tenía ya en mis manos los borradores y noventa días después se levantaba el telón del viejo Teatro Municipal, ofreciéndose "Una Dama para Juan" como adhesión al Centenario de la Inmigración Yugoslava en la zona.

Aquella fue una nueva experiencia y el público respondió en gran forma. Sin embargo, no he vuelto a escribir teatro desde esa vez. No digo que no lo quiera hacer. Pero toda creación, en cualquier género literario, requiere de una honda motivación, de una imperiosa necesidad por

entregar algo. Es un amagar el incendio que se produce en nuestro interior y eso no se puede programar. El escritor no es una máquina de hacer palabras, como la gente suele pensar. "El espíritu sopla donde quiere y como quiere", dice Alone.

Tampoco soy yo el que va al tema, sino que éste viene a mí. Un día recibí su invitación para viajar hacia el pasado nebuloso del territorio austral, a la época en que sólo el indígena señoreaba las tierras y los mares. Un viaje a través de la creación de cuatro cuentos, uno por cada grupo étnico que pobló la Patagonia y la Tierra del Fuego. Pero antes, tuve que investigar y empaparme con la indiosincracia de onas, tehuelches, yaganes y alacalufes.

Cuatro razas, con un solo compás de viento, con una igual nieve pertinaz, con una misma apretada soledad, como lo anotara en la palabras de presentación de "Los Cuatro Dueños". Un libro con una "caparazón" regional, pero con un interés de universalidad en cada uno de los personajes y temas. Porque eso es "Los Cuatro Dueños". Una muestra del hombre, no importa donde se encuentre. Del hombre y sus dolores, sus rechazos, su arrogancia, su impotencia o su constante

búsqueda por saber quién es y qué está haciendo sobre la tierra.

Demoré justo un año en escribir ese libro. Un año con sus cuatro estaciones. La obra posee también dicha unidad de tiempo. Todo pudo ser o no ser en una primavera, un verano, un otoño o un invierno. En ese mismo orden. Primavera o el renacer. Invierno o el ocaso.

Pero no es este el momento para hacer un estudio de mi segunda publicación. Sólo agregaré que mientras la concebía, tuve que detener en varias oportunidades el accionar de mi vieja máquina de escribir. Me pregunté, decenas de veces, si no era más justo mantener en silencio respetuoso la memoria de aquellos auténticos amos de las tierras meridionales o rescatarlos en torno a una obra de ficción narrativa, donde no participara el hombre "civilizado". Siempre tuve la duda. Aún hoy la tengo. De allí, en parte, el motivo del epígrafe en una de las primeras páginas: "Yo, tú, él, nosotros pecadores, profanadores del alma nativa en el paisaje de la Patagonia".

En 1980, "Los Cuatro Dueños" obtuvo el Premio Municipal de Santiago. Pienso que Tema-

ukel, Alep-laup, Watauineiwa y Kooch (3) de-
searon con esto atenuar en parte mi sentido de
culpabilidad.

Como tantos, soy un convencido de que el
escritor no puede ser solamente un mero inven-
tor de historias, como tampoco un impávido re-
ceptor de diplomas, galvanos, halagos y lisonjas.
Por ello, he complementado mi labor literaria a
través de charlas, conferencias, crónicas y comen-
tarios en la prensa escrita, realización de libretos
radiales y media docena de actividades más, que
no vienen al caso enumerar.

¿Y mañana? Tal vez agrupe mis versos naci-
dos en momentos difíciles y los publique titulán-
dome oficialmente como poeta. Puede también
que salga al rescate de un nuevo conjunto de rela-
tos o de inconclusos capítulos de un par de nove-
las, en proceso de añejamiento en escondidos bo-
rradores o quizás, únicamente, me dedique a des-
cifrar y traducir las sinfonías rotativas del viento
austral. No lo sé. La creación literaria no acepta
un calendario de actividades.

(3) Deidades ona, alacalufe, yámana y tehuelche, respectivamente.

He contado hasta aquí, en forma desordenada, algunas añoranzas infantiles y lo que creo son mis aciertos mayores. Espero que no me haya dejado transportar por recuerdos y situaciones que sólo a mí puedan interesar, sin haber logrado el motivo de esta exposición. Intentaré pues remediar tal posible falta en las próximas líneas.

Declaro, abiertamente, que siento afición y terror a muchas cosas a la vez. Aborrezco los intereses creados, la falsedad, la sombra larga de mi timidez y las heridas propias y ajenas, físicas o morales. Suelo rehuir de los lugares públicos y cerrados, y desconfío de los ascensores como de los asesores.

Por otra parte, me inclino con abierta preferencia por los libros testimoniales, las crónicas, los héroes sin pedestal, los epígrafes, los ojos sinceros, las manos abiertas, la verdad sin visillos, la astronomía, la arqueología, la historia viva de los museos, la centolla con limón y mayonesa, las pastas italianas y el olor de los bretes de un galpón de esquila.

Ciertas experiencias me han enseñado a no

quedarme con una sola versión de las cosas. Creo es la mejor manera para acercarse a la verdad y no correr el riesgo de ser engañado y defraudado.

Debo confesar que padezco de algunas nostalgias. A veces desearía retroceder a los días cuando correteaba a los pavos, patos y gallinas a través de la pampa, en Springhill; cuando me perdía entre las siembras de avena y las interminables melgas de papas; cuando convertía en tobogán a las parvas de pasto; cuando me embelesaba con los extraños vehículos y maquinarias de los sísmicos, aquellos gitanos del petróleo, o saltaba desde el envigado del galpón de esquila sobre vellones de lana, fibrosa y recién cortada.

Sí, padezco de ciertas nostalgias. Será que arrastro la melancolía de mis antepasados o acaso por el tiempo que todo lo transforma, sin preguntarnos si estamos de acuerdo con dichos cambios.

* * *

Toda mi mente es un flujo continuo de imágenes y rostros. Vuelvo la vista al ayer y me encuentro con mi padre en un puesto ovejero, descolorido por fuera y ahumado por dentro. Revuel-

ve con un cucharón una olla de puchero, tapándola rápidamente para que no caigan dentro de ella algunos intrusos goterones del chubasco, que se cuelan y se desprenden desde el techo. Luego, se dirige a la habitación contigua para atender a la masa del pan, que sube cubierta por pulcros paños de cocina, debajo de las frazadas de su camarote, vestigio este de sus días como minero aurífero en Boquerón. Entonces abro la puerta del rancho y elevo la vista hasta la nube que se aleja, llevándose la húmeda cortina gris. De inmediato comienzan a aparecer algunos vivos colores. Azul, rojo, amarillo, verde, lila ... el arco-iris se forma en breves segundos. En la laguna cercana, los cisnes se ven más albos y más rosados los flamencos, aquellos pájaros en llamas. La lluvia los ha lavado. Me encuentro despierto y soñando al mismo tiempo. Estoy limpio también, a años-luz de las veleidades y el poder de las monedas, respirando en mi elemento, con mi paisaje, mi gente, viviendo una etapa de gloriosa miseria, la de poblar un campo ganadero.

Y las imágenes continuán llegando. Cierro los ojos y avanzo un par de años. Me veo recorriendo un potrero, para salvar a las empantanadas

cvejas de los traicioneros pozones de los ríos. Siento que mis mejillas arden, marcadas por surcos de lágrimas y tierra, al lidiar contra el viento tras el piño palpitante, en las faenas dentro de los corrales o al enfrentarme con la soledad de los corderos, paridos en el medio del camino, mientras la débil lana de sus madres se queda pegada entre mis dedos. Ripio y sangre, viento y vida. Eso es arreo en primavera.

Reconozco. Me he hecho solo, como el morado fruto del calafate. Me arraigué junto al roble, al ñire, al coirón, observando los atadeceres incendiados. Solo . . . Seguramente, para no romper el esquema, me iré de la misma manera, un día o una noche cualquiera. Y no me acompañarán mis crónicas, mis artículos o el tesoro de mis libros, escritos entre el frenesí y la duda. Ellos pertenecen al mundo: a las salas de clases, a los hospitales, a las cárceles, a la pampa, la playa, la montaña . . . Pero no es bueno pensar en adioses.

Al decir yo soy, quiero manifestar entonces ser aquel que posee muchas cosas y nada a la vez. Así, equilibrándome entre el vacío y el todo, intento plasmar en las letras el pasado y el presente de la vida austral, mostrándola, integrándola a los

universales motivos y las antiguas interrogantes del hombre.

Al decir yo soy, me defino como un caminante que lleva sobre sus espaldas un bagaje de soles horizontales, magia aborigen, himnos pioneros y pupilas impregnadas de mar, campo y soledad, mientras siento en rededor el parloteo de las loicas (*Pzites militaris militaris*) y el alerta de los teros (*Belonopterus chilensis fretensis*). Un diario avance para continuar la huella, con respeto ante lo autóctono, trazando rumbos sobre cartas de valores abandonados. En búsqueda, siempre en búsqueda y muy pocas veces con la satisfacción de encontrar. Trato de convencerme de que así es mejor, pues logro ser más libre. Tal vez lo sea, pero más que nada me parece una excusa, una desesperada excusa.

Al decir yo soy, digo nieto, hijo, padre. Un atado de recuerdos y un atento admirador de la belleza, en todas sus expresiones. También, aquel que dibuja puertas y ventanas en los negros muros que la vida me ha puesto por delante y el que desea la armonía entre los demás hombres. Ingenua esperanza esto último, aunque esperanza al fin.

Al decir yo soy, se me ocurre una decena de definiciones más. Pero por sobre todas está la de escritor, pues con la palabra soy vencedor del miedo, de los silencios cercanos y los desencantos vividos. Soy risa y a veces llanto, horizonte y también abismo. Un cordero, una hiena y un lobo.

Punta Arenas, 1982.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi



COEDICION

ZAMORANO Y CAPERAN

LIBRERIA Y EDITORIAL

EDITORIAL NASCIMENTO